

271032000001 FFA 5/21 F 1128(6)

RELACION

DEL NEGRO MAS PRODIGIOSO.

DE DON JUAN BAUTISTA DIAMANTE.

MI Padre, pues otro ignoro,
fue el Nilo, undosa muralla,
que siete bombas de nieve
por siete bocas dispara.
Reyno de siete Provincias,
monstruosa hidra de plata,
que de un cuerpo crystalino
produce siete gargantas.
El primer albor de un día,
que amaneció con luz clara
à descubrir un prodigio,
me enseñò sobre la espalda
inconstante de sus olas,
que sirviendome de basas,
y de mysteriosas cunas,
unas firmes, y otras vagas,
las unas me suspendian,
y las otras me arrullaban.
Viòme el Sol en transportines
de nieve, parecer mancha
del crystal, ò extraño espejo,
con impropriedad tan rara,
como ser la Luna negra,
y ser la moldura blanca.
Parto obscuro de la sombra
parecí entre espumas canas,
ò borron, que con estudio
la naturaleza varia
del tintero de la noche
echò en el papel del agua.
Así me hallò Cosicurbo,
sabio Negro, que en la playa
del Nilo, por conjeturas,
prevenido me esperaba.
Trasladòme desde el Rio
à la piadosa morada

de sus brazos, y desde ellos
à la estancia solitaria
de un albergue, que bostezo
se jurò de la montaña:
funesta boca, por donde
luto el ayre respiraba,
portento fue que las ondas
de mi vida no triunfaran,
pero fue poco portento
para los que me esperaban;
pues en el punto que abrigo
quiso ser de mis borrascas,
sin alimento, me vieron
las alevosas infancias
de quatro Auroras, las iras
de quatro noches tyranas;
hasta que à la quinta (como
Cosicurbo me contaba)
con roncòs silvos diò assumpto
à su miedo, y su esperanza
una escamada Serpiente,
que sacudiendo las alas
à la boca de su gruta,
diò al suelo la tierna carga
de dos hijuelos, y haziendo
nido de texidas ramas,
donde los dexò albergados;
con demonstraciones manfas
se llegó à mi, que ya casi
el ultimo aliento daba;
y abrigandome amorosa,
con venenosa substancia
restituyò à vigor nuevo
mi vida desalentada.
Què mucho, que fuesse assombro;
quien su primera crianza

debió



debió à un affombro? Y què mucho,
que horrores exercitara,
quien su alimento horroroso
le debió à la defusada
piedad de un Monstruo, y al jugo
de ponzoñosas entrañas?
No ya hombre racional,
Sierpe, passè de la infancia,
dando en ella de mi furia
demonstraciones ingratas;
pues la primer sinrazon
la primera leve hazaña
de mi crueldad, fue dar muerte
à la que me alimentaba;
primero en el sentimiento
de mirar despedazadas
à mis manos las reliquias
de su descendencia amada;
y despues al nudo estrecho
de mis brazos su escamada
garganta; pues oprimida
de las cuerdas animadas
de mis nervios, aunque mas
con bramidos se enroscaba,
mas con quexas se estendia,
mas con violencia lidiaba:
no se soltò de mis brazos,
hasta que à mi fuerza rara
diò el postrer gemido en muestra
de mi victoria tyrana.
Lleguè à joven, desde infante,
con tanta sobervia, tanta
ambicion de ser solo
terror de aquellas comarcas;
que ageno de otro dominio,
pretendi, que me juraran
las fieras por Rey del monte;
y viendo, que se escusaban,
ò incapazes, ò sobervias
à lo que mi voz mandaba,
desde el Tigre, que de ruedas
negras su color esmalta;
desde el Leon, que primero

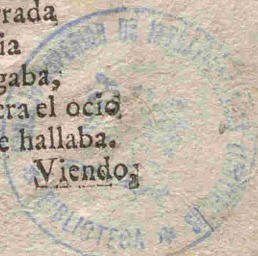
con la melena encrespada
barre el suelo, que le pisa;
desde el que escribe en sus astas
con naturales guarismos
la cuenta en su edad larga;
hasta el arminò ignorante,
que por defender la blanca
pureza de su vestido,
su propria blancura mancha;
sin perdonarla sangrienta,
ni privilegiarla mansa:
triumfos de mi enojo eran
fieras humildes, y bravas;
quantas en sangre se ceban,
y quantas en yerva pastan;
pues de mis plantas seguidas,
y de mi valor postradas,
ya humildes, ò ya sobervias
eran trono de mis plantas,
y muertas obedecian,
lo que vivas reusaban.
Dado yo à los exercicios
cruels mientras se daba
Cosciburbo à los estudios
de dos victorias ufanas,
nos coronamos à un tiempo
dandonos distintas causas
à mi lo que pretendia,
y à èl lo que averiguaba;
pues guiandome à la cumbre
del monte, desde una parda
peña, que al Mundo servia
de preeminente atalaya,
me mostrò confusamente,
respecto de la distancia,
dos Exercitos copiosos,
que uno àzia otro marchaba;
diziendome : Ya Philipo
(que asì Etiopia me llama)
llegò el tiempo en que la vida
has de dexar solitaria,
con que el ocio te suspende
del aplauso que te llama.

Esclavo

Ejclavo has de ser, Philipo;
y viendo que me assustaba,
prosiguiò, y luego has de ser
Capitan de muchas armas,
General de muchas huestes,
que así el Cielo lo declara;
Rey, y mas que Rey serás,
y este mas, no sè, en què caygás
pues el que llega à ser Rey,
no tiene, que ser mas nada;
Parte, me dixo, à librar
à Etiopia, que assaltada
de los furors de Egypto;
en ti su defenfa aguarda:
à Dios para siempre: y luego;
vistiendo de una basta
nube, se ocultò, dexando
en las peñas las palabras.
Mucha confusion fuera esta;
si otro espíritu informara
mi valor; pues confusiones
motivan cosas extrañas;
pero fue estímulo noble,
y tan noble, que dexada
la confusion à una parte;
sin mas afecto, que hidalga
sed de aplausos generosos;
bolvi á los montes la espalda;
los anuncios di al olvido:
y hallandome en la Campaña
de Soldado aventurero,
servi en la primer Batalla;
que diò Egypto en Etiopia;
donde fueron mis hazañas
tan prodigiosas, tan muchas
las vidas de que triunfaba,
que parecia en mi brazo
fuerte, el filo de mi espada;
segur de animadas miefes,
ò portentosa guadaña,
que los oídos de la muerte
contra los hombres vibraba:
A cantar fui la victoria,

quando bolviendo la cara
al tropel de mucha gente,
y al rumor de muchas armas;
vi en el suelo al bravo Rey,
de Etiopia, y sin tardanza,
porque no la requieran,
ni su riesgo, ni mi rabia;
rompiendo muros de azero;
me echè sobre èl, donde garza
pareci, que descendiendo
de los sangrientos Piratas,
del ayre el tierno polluelo
vibrando una vez la garra;
otra ensangrentando el pico;
esgrimiendo otra las alas
en defenfa del hijuelo,
herizo de plumas pardas;
el cuello encrespa, y sacude
à uno muerde, à otro amenaza;
y despidiendo por flechas
la cenicienta celada
de pluma, que le corona;
sin cuydar de sì, à la saña
del fiero nebli se ofrece,
impaciente, y desermada:
Asi yo de mi olvidado,
en defenfa de mi Patria;
y de mi Rey en defenfa,
hecho viviente muralla
de su riesgo, y recibiendo
las heridas, que le daban,
del peligro le saquè,
manchado de sangre tanta;
agena, y propria, que todos;
al vèr mi color, dudaban,
si era teñido azavache,
ò si era manchada grana;
Dexaron libre à Etiopia
los Egypcios, y borrada
la cobarde ceremonia
del tributo, que pagaba;
por mi brazo, que era el ocio
impaciente en que se hallaba.

Viendo;



Viendo, que enemigas huestes
á mis crueldades faltaban,
en los prados Avifinios,
de la noche hijos, y el Alva,
pues su palido color
adulterinos los llama,
hize tan sangriento estrago,
que dexàra despoblada
su Provincia, á no bolver
Alexandro con su Armada
á Etiopia, pues las muertes,
que hize en ellos, fueron tantas,
que si numerar quisiera
su multitud, me faltàra
tiempo en los dias de un año,
y de un siglo en las semanas.
Bolvió Alexandro, y matarle
fue mi intento: lo lograra
á no librarle de mi
una Deydad soberana,
que interponiendose hermosa,
entre su vida, y mi saña,
la dexè por mi obediencia
de mi enojo reservada;
pero no dexè á los suyos,
pues como Càn, que la rabia
incita, en todo su campo,
fue mi furia tan extraña,
que á no suspender mis iras,
razon, que callar me manda,
venciera á Alexandro, pues
del Cielo prevista estaba
su victoria, mas venciera,
sin que nadie le ayudara.
Su Esclavo, en fin, porque viesse
la advertencia comenzada
de Cosicurbo, y Esclavo,

por una Divina causa,
me viò Etiopia, y me viò Egypto;
llorando ella su desgracia,
y cantando el su victoria,
porque desde aquí notada,
mi vida hasta aquí sabida,
passe á ver averiguadas
las profecias dichosas,
pues ya viò las desgraciadas.
El Negro soy prodigioso,
á quien las Estrellas mandan
una Corona, y aun mas
lo que el discurso no alcanza:
El terror del mundo, el susto
del dia, el miedo del Alva,
el pavor de los mortales,
y el Esclavo, que consagra
á las Leyes de su dueño
las libertades del alma.
Este he sido, y este soy;
mira si es justo, que haga
Alexandro de mi solo
la estimación que declaras;
pues yo solo valgo mas,
que quantos tributos paga
Etiopia á Egypto, mas
que quanto las ondas guardan,
que quanto el Sol engendra,
mas que quanto las entrañas
de la tierra en venas cria,
mas que quanto el Cielo quaxa.
Pues solo es comparacion
de mi valor, mi constancia,
mi sobervia, mi ardimiento,
yo proprio, y una esperanza
que en padecerla se funda
la ventura de lograrla.

F I N.